

## La distinción schmittiana *amigo-enemigo* como categoría antropológica en Hans Blumenberg

Josefa Ros Velasco  
Universidad de Murcia

La relación entre Carl Schmitt y Hans Blumenberg, ambos pensadores alemanes y contemporáneos, frecuentemente se circunscribe en torno al debate que desencadenaron en el año 1962, durante la celebración del VII Congreso Alemán de Filosofía, a propósito del concepto de *secularización*. Los restos de dicha “querrela” se recogen en los testimonios de los otros participantes en la misma, entre los cuales destacaron Odo Marquard o Karl Löwith; así como en reconocidas obras de los oponentes, como la *Politische Theologie*<sup>1</sup> de Schmitt o *Die Legitimität der Neuzeit*<sup>2</sup> de Blumenberg. A partir de la disputa por la legitimidad o ilegitimidad de la Modernidad frente al Medioevo como época autónoma, se ha trazado una línea de separación entre los dos filósofos. Sin embargo, si ahondamos en la obra blumenbergiana podemos observar la multitud de ocasiones en las que la pareja *amigo-enemigo*, tal y como ha sido tratada por Schmitt en *Des Begriffdes Politischen*<sup>3</sup>, es tomada en cuenta para explicar cuestiones de carácter antropológico. En este sentido, merece la pena examinar las posibles correlaciones existentes entre dos autores tan controvertidos. Así pues, el objeto principal de mi intervención consistirá en poner de manifiesto la forma en la que las categorías políticas schmittianas se relacionan con los presupuestos de la antropología blumenbergiana, recogidos en su obra póstuma recientemente publicada *Beschreibung des Menschen*.<sup>4</sup> A partir de entonces, podremos analizar la vinculación entre ambos pensadores desde una perspectiva distinta a la tradicional.

En el año 1927 Carl Schmitt publicaba la obra en la que se esclarecía la pregunta por el significado de lo político. Su sentencia era taxativa: aquello a lo que llamamos “político” no es más que el espacio en el que se produce la distinción entre amigo y enemigo, entre lo propio y lo extraño, lo interno y lo externo. Política hace referencia a todo aquello que genera antagonismo y que agrupa a los hombres en amigos y enemigos, independientemente de que la naturaleza del conflicto desatado sea de origen moral, estético o económico, entre otros. La perspectiva schmittiana sugiere que la guerra, el conflicto o el desacuerdo componen una realidad inherente al ser humano y, por ende, también lo político lo es. Es impensable la posibilidad de lograr una situación ideal en la que toda la humanidad se encuentre unificada en la amistad, en la que no existan los enemigos, pero siga existiendo la política. Esta ya no tendría papel alguno que desempeñar en un mundo en el que todos los sujetos estuviesen de acuerdo. Sin embargo, no es realista ni responsable tratar de ignorar la hostilidad que propiamente surge entre individuos dispares. No cabe duda de que la propuesta pacifista sería deseable, pero es un hecho que en el mundo humano se libran conflictos y guerras de forma constante.

Tras los argumentos de Schmitt no se esconde la pretensión de justificar los conflictos, sino únicamente de

<sup>1</sup> C. Schmitt, *Teología política*, Estudios Políticos, Madrid, 1941.

<sup>2</sup> H. Blumenberg, *La legitimación de la edad moderna*, Pre-Textos, Valencia, 2008.

<sup>3</sup> C. Schmitt, *El concepto de lo político*, Alianza, Madrid, 2009.

<sup>4</sup> H. Blumenberg, *Descripción del ser humano*, México, FCE, 2011.

describir los parámetros en los que estos se producen en el mundo humano. Pero asimismo, encontramos una crítica al movimiento pacifista por cuanto trata de negar la existencia del enemigo a toda costa y de forma ingenua. Enemigo puede ser cualquier individuo capaz de acabar con mi existencia. El tratar de eludir esta realidad no puede resultar sino contraproducente, pues engañándonos a nosotros mismos bajo el concepto de “humanidad”, nos expondríamos confiadamente ante el otro —un posible amigo, pero también un posible enemigo— mostrándonos de manera desprotegida. Política implica, para Schmitt, sospecha, miedo, prevención, mantenerse alerta para identificar al enemigo y conocer así cual es nuestro propio proyecto, qué nos caracteriza como especie. Es en este punto en el que comienza a incurrirse en presupuestos de carácter antropológico a partir del fenómeno de la intersubjetividad.

Al reconocer al enemigo potencial, me reconozco a mí mismo como un posible enemigo para otros. De la misma manera, al reconocernos a nosotros mismos como proyecto, comprendemos quiénes están en disposición de destruir el proyecto que somos, los enemigos, y quiénes pueden favorecerlo, los amigos. El conflicto es algo dado en la diversidad y encuentra su mayor grado de relevancia en la posibilidad real de matar al otro. Por ello, la enemistad —y consecuentemente lo político— en tanto que desacuerdo con el otro, se mueve dentro del espectro de la facticidad más absoluta, incluso si tratamos de eliminarlo o ignorarlo, en el que se desarrolla asimismo la vida humana. Enemigos existen siempre, aun cuando no somos capaces de reconocerlos. Por ello es fundamental desarrollar la conciencia acerca de la necesidad de prevención y el estado de alerta frente a lo amenazante, esto es, atender a la visibilidad propia y ajena. En este sentido, la tendencia a la enemistad entre los seres humanos se puede explicar en términos antropogénicos; y la necesidad de reconocer y aceptar nuestra naturaleza hostil, nos lleva hacia la necesidad de la reflexividad como condición necesaria de nuestra autoconservación. Teniendo en cuenta lo anterior, podríamos examinar ahora el paralelismo existente entre la importancia de reconocer al enemigo en Schmitt y el tratamiento antropológico de la visibilidad y la autoconservación del ser humano en Blumenberg.

Un filósofo que apenas si se ha detenido sobre cuestiones referentes a lo político<sup>5</sup> como es Hans Blumenberg ha dejado constancia, sin embargo, de su interés por la distinción amigo-enemigo en el sentido en el que la ha pronunciado Schmitt. En su obra póstuma *Carl Schmitt: Briefwechsel 1971-1978 und weitere Materialien*,<sup>6</sup> Blumenberg lleva a cabo un minucioso análisis sobre el tratamiento schmittiano de lo político. Asimismo, existen referencias sobre la categoría amigo-enemigo en otros escritos como *Begriffe in Geschichten*<sup>7</sup> o *Ein mögliches Selbstverständnis*.<sup>8</sup> En este último, por ejemplo, se dedica un capítulo titulado “La lentitud de la razón”, a esclarecer el concepto de “lo político”. Según sostiene Blumenberg, siguiendo a Schmitt, tener amigos o buscarlos no puede ser contenido de la política. La amistad es una categoría apolítica, la hay entre hombres pero no entre pueblos, y sólo se mienta en contextos políticos en el más puro sentido retórico y para generar confianza. Por ello, la amistad se circunscribe como categoría antropológica y la enemistad como concepto político. Carl Schmitt ha presentado la amistad como la otra cara de la moneda respecto a lo político, junto con la enemistad, pero

<sup>5</sup> H. Blumenberg, *Concetto di realtà e teoria dello stato* en B. Accarino, *Dedalus: le digressioni del male. Da Kant a Blumenberg Concetto di realtà e teoria dello Stato*, Mimesis, Milan, 2000, pp. 123-146.

<sup>6</sup> H. Blumenberg, *Carl Schmitt: Briefwechsel 1971-1978 und weitere Materialien*, Suhrkamp, Berlin, 2007.

<sup>7</sup> H. Blumenberg, *Conceptos en historias*, Síntesis, Madrid, 2003.

<sup>8</sup> H. Blumenberg, *La posibilidad de comprenderse*, Síntesis, Madrid, 2002.

realmente sólo se ha referido al enemigo. Aunque en tono sarcástico, propio de un pensador que valora la provocación, Blumenberg muestra su acuerdo con Schmitt frente a la imposibilidad de que los grupos se aprecien:

Es una broma del lenguaje político decir que se han hallado medidas destinadas a la generación de confianza. Sin embargo, uno se queda más tranquilo al recordar que es dudoso que de las acciones políticas pueda salir algo [...] nada es más eficaz para originar enemistades que la confianza rota [...] mejor por tanto suponer que las cosas no pueden empeorar porque no se han dado las condiciones. El riesgo de la amistad entre naciones —si es que pudiera darse— es demasiado grande como para que compense afrontarlo, si no hay amistad, no existe la amenaza de que los antes denominados enfados diplomáticos se transformen en su contrario [...] Los insatisfechos amigos de la paz, a los que no basta con que no corra la sangre, imaginan un reino mesiánico en el que el lobo y el cordero aparecerán juntos. Se pasa por alto la pequeña improbabilidad de que el lobo pueda sobrevivir comiendo hierba, aunque hay que considerar el momento en que los lobos estén amenazados de extinción, y los amigos de los lobos tengan que reunirse para conseguir corderos de donde sea; los corderos de otros prados, naturalmente.

Coincidiendo con Schmitt, Blumenberg concluye que la culpa de las decepciones políticas, jurídicas o educativas, estriba únicamente en nuestro autoengaño, en el hecho de haber tratado de ignorar el malestar y al enemigo, en haber confiado hipócritamente en el concepto de “humanidad”, en lugar de conocernos, aceptarnos y trazar a partir de ahí las condiciones más óptimas para la autoconservación. Tanto para un pensador como para el otro, lo que está en juego en todo momento es la supervivencia, y no en sentido amplio, sino la referente a la especie humana. Ambos defienden que el punto central de cualquier preocupación e inquietud del ser humano, es él mismo. Blumenberg da un paso más anunciando que, desde la Modernidad, al hombre ya no sólo le interesa *sobrevivir* sino que busca *supervivir*, existir de la manera más intensa, autoafirmarse, entrando nuevamente en la polémica secularista con Schmitt.

En esta línea, Blumenberg advierte de la importancia de conocernos a nosotros mismos para saber quién soy yo y quién es el otro y si he de evitar que aquel me mate. De la misma manera, extrapolado a la dinámica política, Schmitt explica que ha de tenerse claro cual es el proyecto político del grupo al que se pertenece para determinar así qué grupos son mis enemigos y pueden poner en marcha la realización extrema de la enemistad, esto es, la guerra. Blumenberg, ahondando en mayor medida en las implicaciones antropológicas del fenómeno de la enemistad, enuncia la hipótesis de que el ser humano debió de desarrollar la razón, la reflexión, como parte del proceso de adaptación y evolución al medio, para así poder objetivarse a sí mismo y entender cómo es percibido por los demás. De esta forma, el hombre consigue ser consciente de que es un “yo”, y de que hay otros “yoes”. Pero también sabe que él es percibido por los otros “yoes” como otro “yo”, y que de la misma forma en que él puede matar a otros “yoes”, también puede morir en manos de estos. Así pues, apunta la necesidad de ser conscientes de nuestra propia visibilidad y de que somos percibidos por los otros al igual que yo los percibo a ellos, que nos mostramos como enemigos potenciales ante el resto. Formulado como un imperativo antropológico, Blumenberg

aboga por la autoconservación a partir del conocimiento de uno mismo. “Conócete a ti mismo” no significa sino “ten en cuenta que eres visto, si quieres ver”, esto es, si quieres sobrevivir.

El desarrollo de la razón nos ha permitido reflexionar sobre los contenidos y las operaciones de la conciencia humana, posibilita el cálculo y la evaluación sobre el alcance de nuestras acciones y la intención de las mismas, así como de las ajenas, para poder determinar quién es amigo y quién enemigo. La facticidad y la indeterminación en la que se erigen las relaciones entre los humanos, nos muestran una única posibilidad para no exponernos ante los demás de forma arriesgada: la prevención. Conocerse a uno mismo implica saber sobre lo que uno puede y lo que no puede en el plano del rendimiento y las exigencias, explica Blumenberg en *Beschreibung des Menschen*. Al reconocer que los otros son como yo, puedo también saber qué puedo esperar de ellos y evitar así mostrarme absolutamente transparente y vulnerable. Juzgar el comportamiento del otro nos ayuda a actuar en consecuencia de si es un posible amigo o enemigo. No engañarnos con falsas pretensiones de paz universal nos ayuda a prevenir las relaciones hostiles a partir de la creación de tipologías sobre el carácter de las personas, tomando cierta distancia frente a los otros hasta que no se demuestre que no son enemigos.

Si a pesar de ello, la distinción amigo-enemigo resulta demasiado simplista e infantil, Blumenberg dirá que pasar a una forma más madura de concebir la realidad y nuestro trato con los semejantes, puede consistir en ser capaces de aguantar tanto displacer como sea necesario para aceptar la realidad tal y como es. No se trata de evitar sin más al enemigo y refugiarse en el amigo, sino de comprender que la hostilidad se da de hecho entre los hombres y que tendremos que tratar también y necesariamente con los enemigos, incluso porque en ocasiones, estos nos puedan ayudar tanto a sobrevivir como a supervivir. La intersubjetividad es la que nos ayuda a decidir entre la amistad o la hostilidad. Hemos de asumir que la desconfianza es normal en un ser con carencias y que no es más que un mecanismo que funciona al servicio de la prevención y la autoconservación. El sentido de la vista nos ayuda a levantar la sospecha de que aquel que no es capaz de aguantarme la mirada es un enemigo en potencia y, con ello, la desconfianza y la prevención provocan que nos mantengamos alerta y compensa nuestros déficits de atención.

Todo ello ha sido posible a partir del desarrollo de la razón en el ser humano. Hemos necesitado momentos de paz para poder pensar en la guerra. A Blumenberg no deja de llamarle la atención cómo el hombre entra en la caverna para refugiarse y, tras cierto tiempo, se ve obligado a salir de la misma. Cuando los integrantes de la especie homo habitaron las cavernas, tuvieron la oportunidad de descansar, de rebajar los niveles de atención y consiguieron dormir profundamente. Durante estos momentos de paz, de calma, el hombre pudo relajarse, tomar distancia de la realidad y detenerse sobre sí mismo, no estaba en peligro. Sin embargo, constantemente se veía obligado a salir de la caverna para buscar alimento y, gracias a aquellos periodos de armonía, conseguían defenderse de los enemigos con mayor astucia, habían podido conocerse a sí mismos y preveer el comportamiento de los demás. En definitiva, habían encontrado las condiciones precisas que dieron lugar a la aparición del primer amigo o la primera amiga del hombre: la imaginación —así lo describe Bruno Accarino en su obra *Dedalus*—. <sup>9</sup>

Conflicto y calma son dos polos que se complementan y que reflejan la tensión propia en la que se sumergen los organismos vivos como parte del proceso azaroso e impredecible del desarrollo natural. La armonía

<sup>9</sup> B. Accarino, *Dedalus*, op. cit., p. 113.

constante puede pensarse como utopía, pero no se corresponde con la realidad. Aunque no estamos permanentemente en conflicto, es más intuitivo pensar que el hombre es un lobo para el hombre, a que seamos seres sociables por naturaleza. Simplemente hemos comprendido que agrupándonos, tenemos más posibilidades de sobrevivir. A pesar de ello, desde una antropología pesimista, el hombre siempre será un ser que actúa movido por la ley del más fuerte. Mientras tanto, una antropología optimista defenderá que el ser humano ve en los demás la posibilidad de socializarse. En realidad, deseamos tanto ser vistos por los demás como pasar desapercibidos ante estos. La indiferencia es una realidad insoportable para el hombre, pero así lo es también la extrema visibilidad.

Blumenberg es consciente de que por el simple hecho de ser incapaces de encontrarnos en el universo como en nuestro propio hogar, ya estamos siempre en constante tensión. En su obra *Arbeit am Mythos*,<sup>10</sup> ha formulado las condiciones de nuestro trato con la Naturaleza bajo la hipótesis del “absolutismo de la realidad”. Según esta, nos encontramos desprotegidos e insignificantes formando parte del todo existente que se muestra prepotente, amenazador e inhóspito. Frente a la inquietud que algo semejante nos provoca, buscamos siempre la forma de protegernos, creando artificios que nos ayuden a sentir el mundo como algo de lo que formamos parte armoniosamente. Pero el conflicto siempre vuelve a asomar en medio de una tranquilidad construida, la estabilidad se desmorona constantemente. Cabe esperar que así ocurra con cualquier constructo creado por un ser que, como parte del todo caótico, sufre en sí mismo la indeterminación y teme a la parte de la naturaleza que son sus semejantes e incluso, en ocasiones, hasta la que representa él mismo. Que necesitemos periodos de paz no significa que tendamos por naturaleza a la armonía de forma definitiva, sino que no podemos prescindir de ella si queremos tener la oportunidad de detenernos a reflexionar sobre la hostilidad para poder preverla y afrontarla.

Lo que en última instancia salta a la vista es nuestro interés por autoconservarnos. Seguimos compitiendo con otras especies pero, además, competimos entre nosotros mismos para obtener el mejor resultado posible. Provocamos muerte no para contribuir a la autodestrucción de la especie, sino para evitar la nuestra propia. Por suerte, conscientes de que si cualquiera puede matar, nosotros mismos podemos ser la víctima en todo momento, nos hemos esforzado por neutralizar nuestras ansias de supremacía en un sinfín de instituciones y hemos trazado incontables rodeos que nos entretienen en un mundo de falsas necesidades. Precisamente nuestras ganas de sobrevivir nos han impulsado a canalizar nuestra prepotencia evitando aquella *bellum omnium contra omnes*. No sólo tenemos que distanciar el absolutismo de la realidad sino el de la parte de la realidad que somos nosotros mismos, el absolutismo del hombre.

El tiempo del que dispone el hombre, dado su carácter mortal, para dar respuesta a los conflictos con los que convive en el espacio de la praxis es limitado, por lo que ha de recurrir a mecanismos de respuesta rápida. El tiempo de la vida del hombre y la emergencia de sus necesidades, no dan lugar a un espacio suficiente para edificar una moral o una ley definitiva. Somos seres caracterizados por la compulsión a la acción y no podemos permitirnos dejar de actuar en ausencia de respuestas de carácter concluyente. Además, la respuesta imperecedera es contraproducente para nuestra dinámica esencial.

Sólo podemos dar lugar a una empresa semejante, la de la autoconservación, contando con la alternancia

<sup>10</sup> H. Blumenberg, *Trabajo sobre el mito*, Paidós, Barcelona, 2003.

entre las etapas de calma y las de conflicto. No es posible la supervivencia, y menos aun la intensificación de la vida, si tratamos de ignorar la existencia del desorden para fantasear con una supuesta paz universal, pues estaremos dando la espalda a los riesgos y descuidando la prevención. Asimismo, tampoco tendrá éxito un planteamiento que abogue por el desequilibrio constante, pues estará dejando de lado la necesidad de momentos de armonía para poder prever posibles conflictos. Hemos de valorar tanto el equilibrio como el desorden, entender la curiosa forma en la que dos lógicas se contraponen en el hombre: la compulsión a la acción y la necesidad de aplazamiento a través de instituciones.<sup>11</sup>

En último término, Blumenberg quiere dejar constancia de que la eliminación del conflicto no sólo es imposible sino también indeseable. Para el ser humano no existe nada peor que el aburrimiento, el tiempo vacío, y es precisamente este el que en ocasiones nos conduce de nuevo al caos. Los cambios mantienen nuestro interés, nos obligan a adaptarnos y a poner en marcha nuestro aparato reflexivo. Así pues, es preferible hacer algo que nos perjudique a no hacer absolutamente nada, entregarnos a la quietud completa, a la muerte en vida. Somos parte del movimiento del todo, de manera que no podemos por menos que reconocer el *horror vacui* que nos caracteriza. El aburrimiento siempre puede ser el punto que desencadene una gran barbarie.

Enlazando nuevamente con la dimensión política de la que partimos con Schmitt, Blumenberg ha llamado la atención sobre el problema que la falta de conflicto causa en nuestras sociedades actuales. Somos conscientes de que en un estado de estabilidad absoluta, no podremos adaptarnos a los cambios cuando estos lleguen. La sociedad de masas genera aburrimiento, no permite que surjan deseos de vida, todo se encuentra racionalizado y carente de tensión, excluye las situaciones darwinistas que, después de todo, siguen siendo las más interesantes. A su vez, la ciencia ha provocado que el mundo funcione sin esfuerzos. Hoy jugamos con el peligro como si de una forma tardía de lucha por la existencia se tratase. El aburrimiento resulta un obstáculo para el conocimiento de uno mismo, nos convierte en objeto, y con ello imposibilita la prevención, favoreciendo la acción compulsiva y desmedida, perjudicando la labor autoconservadora. Un ejemplo de ello se recoge en la obra *Mon Faust* del poeta francés Paul Valéry, a través de la exhortación “estoy anhelando una gran guerra monstruosa”.

No podemos dejar de plantearnos los términos en los que se desarrolla la sociedad actual, en tanto que, como presente y futuro de nuestra conservación, es el centro de nuestro interés en última instancia. Nuestra vida política y social se articula sobre una serie de conceptos que suenan huecos, quizá por que representan un sueño o una promesa cuyo cumplimiento no parece posible, el de la paz universal. Podríamos cuestionarnos acerca de si no es más conveniente reconocer la importancia que la categoría de enemigo revela de cara a nuestro autoconocimiento y autoconservación. La retórica de la confianza no funciona, ocultar la realidad no es efectivo y despierta la inquietud de los individuos que acaban por sentirse violentados y engañados. Tanto Schmitt como Blumenberg, a través de sus reflexiones sobre la hostilidad —desde su aspecto político y antropológico respectivamente— tratan frente a esta cuestión de elevar una llamada de atención al realismo, a la asimilación de nuestra naturaleza y a la prevención de cara a la misma.

<sup>11</sup> A. Rivera, “Reflexiones sobre el concepto filosófico de absolutismo: retórica y mito en Blumenberg”, en A. Fragio y D. Giordano, *Hans Blumenberg. Nuovi Paradigmi d’analisi*, Aracne Editrice, Roma, 2010, pp. 129-149.

Esta intervención, tenía por objeto descubrir las líneas en las que Schmitt y Blumenberg dejan de lado sus diferencias, aquel punto en el que muestran la necesidad de reconocer tanto las dosis de armonía como las de conflicto que conjugan la realidad en la que nos encontramos inmersos. Con ello no han pretendido más que hacer una llamada al conocimiento de nosotros mismos para poder sobrevivir y además vivir bien, que a fin de cuentas es nuestra más legítima preocupación. En definitiva, el análisis de sus fundamentos políticos y antropológicos advierte de la importancia de revisar los presupuestos sobre los que se asientan nuestras sociedades y políticas actuales, al tiempo que trata de persuadirnos acerca de nuestra responsabilidad de recordar la realidad tal y como es más allá de nuestros anhelos y de aprender a convivir con el ser que somos.

